

## Capítulo 4: El santo ministerio durante el Terror (1793-1794)

El mismo día en que Luis Chaminade desembarcaba en San Sebastián, el 21 de septiembre de 1792, la Convención, que acababa de reunirse, proclamaba la República. Sin embargo, el fin de este año no estuvo señalado con nuevas violencias en Burdeos. Al principio de 1793, los Comisarios de la Convención se esforzaron por entregar el poder a los jacobinos, pero no lo consiguieron: Burdeos se había solidarizado con la mayoría girondina y oponía una sorda resistencia a la Montagne y al Comité de Salvación pública.

Ese predominio del partido moderado explica que, tras la muerte del rey y los decretos del 16 de febrero y 18 de marzo, que prometían una prima a quien arrestase a un sacerdote no juramentado y a denunciarlo bajo pena de muerte en el plazo de veinticuatro horas, los católicos continuasen gozando de una tranquilidad relativa. Hasta bien avanzado el lúgubre año 1793, el P. Chaminade vivió casi a plena luz: hacía contratos, recibía cartas a direcciones conocidas, escribía él mismo sin que pareciese desconfiar de alguna denuncia. Lo prueba la siguiente nota, con fecha 6 de abril de 1793, dirigida a uno de sus proveedores<sup>1</sup>: «Siento mucho no haber estado en mi finca de San Lorenzo en el momento en que usted se ha tomado la molestia de venir. Mis enfermedades me obligan a venir o más bien a permanecer muchos días en Burdeos. Aquí tengo más a mano los medios que mi estado de salud exige»<sup>2</sup>.

Tras el triunfo de la Montagne y la exclusión de los girondinos (2 de junio de 1793), Burdeos intentó, pero en vano, una lucha demasiado desigual; los representantes del gobierno entraron en la ciudad por la brecha de Sainte-Eulalie el 16 de octubre de 1793. El 23 del mismo mes se instaló la guillotina en la plaza de la Nation<sup>3</sup> y se mantuvo hasta el 14 de agosto de 1794. Para Burdeos fue la era de los mártires. Se proclamó la dictadura: fue ejercida primero por Ysabeau y Tallien, y después por una criatura de Robespierre, Marc-Antoine Jullien, «joven de menos de veinte años, que dirigió solo y sin ningún control las semanas más sangrientas del Terror, vampiro untuoso y charlatán, que no dejaba a las víctimas de última hora»<sup>4</sup>.

El principal ejecutor de sus «obras viles» era el siniestro Lacombe, «el tipo más perfecto de criminal, casi bello a fuerza de ser completo... Maestro de Toulouse, muy inteligente, muy elocuente, muy hábil, ingenioso y casi valiente, hasta entonces no había vivido más que de robos y estafas. Juez revolucionario, hizo operaciones grandiosas, sobando a manos llenas el oro y la sangre. La Comisión militar se convirtió en sus manos en un tribunal de rapiña y sangre. Vendió la justicia y acumuló tesoros mediante abominables extorsiones; puso a precio la vida y la muerte de los ciudadanos. Era a la vez el acusador y el relator del proceso, el juez y a menudo la parte de los que condenaba»<sup>5</sup>.

Las víctimas eran tomadas de todas las categorías de la sociedad, pero los sacerdotes eran presa de elección de una guerra sin cuartel, aunque fueran constitucionales, aunque hubieran dado a los clubs todas las garantías de su ciudadanía hasta incluso entregar los títulos de ordena-

<sup>1</sup> El Sr. Duranty. *Carta 4, Lettres, t. I, p. 3.*

<sup>2</sup> El 28 de abril siguiente, completa en otra carta, dirigida al señor Rivière, las informaciones anteriores sobre el estado de su salud: «Espero que mis enfermedades no duren siempre y que pueda ir personalmente a testimoniarle mi agradecimiento. Mi estómago está bastante bien, pero mi cabeza y mis piernas no valen nada». *Carta 5, Lettres, t. I, p. 4.*

<sup>3</sup> Hoy plaza Gambetta, en otro tiempo plaza Dauphine.

<sup>4</sup> C. Jullian, *Histoire de Bordeaux*, Burdeos, Féret, 1895, página 678. Otros documentos parecen atenuar la responsabilidad que pesa sobre el joven Jullien. En una carta muy curiosa que este personaje escribió durante la Restauración al redactor del *Ami de la Religion* (t. XXXVI, p. 190 a 192) imputó únicamente a los representantes Ysabeau y sus compañeros lo odioso de los crímenes cometidos en esta época en Burdeos y pretende «haber sido detenido en Nantes por Carrier como contrarrevolucionario»; su divisa habría sido: «Hacer la Revolución amable para hacerla amar; ofrecer a los franceses y al mundo la libertad como una virgen sin mancha, pura de sangre y de crímenes». En la Restauración, se dedicó a la educación, publicó varias obras sobre este tema y dirigió una *Revue encyclopédique*.

<sup>5</sup> C. Jullian, *o.c.*, p. 679. La Comisión militar juzgó, en total, a 858 procesados, de los que 201 fueron condenados a muerte. Cfr. sobre todos los acontecimientos de este período, la preciosa obra de M. A. Vivie, *La Terreur à Bordeaux*, 2 volúmenes, Burdeos, Féret, 1877.

ción sacerdotal. Bastaba que fueran acusados de acto cualquiera de su ministerio para que, sin piedad, se les echase a la carreta fatal y llevase su cabeza al cadalso.

A pesar de ello, el P. Chaminade permaneció en la ciudad con una cuarentena de sacerdotes fieles, expuesto a encontrarse con el cortejo fúnebre y, cuando pasaba por la plaza de la Nación, ver con sus ojos, al pie del siniestro instrumento, el agujero destinado a recibir la sangre de las víctimas<sup>6</sup>. Si iba a lo largo de los muros del fuerte del Ha y pasaba por las inmediaciones del Seminario, de las Carmelitas, de las Huérfanas y del Palacio Brutus, podía oír los gemidos de sacerdotes apiñados en prisiones infectas, esperando ser embarcados para las inhóspitas playas de la Guayana y de Madagascar. En el puerto el espectáculo era más lastimoso todavía: amontonados en el fondo de las bodegas, las pobres víctimas soportaban sufrimientos más horribles que la muerte<sup>7</sup>.

Sin desconcertarse ante los peligros a los que se exponía, tomó las precauciones que aconsejaba la prudencia. Haciendo creer que había emigrado, se ocultó de las miradas indiscretas o malévolas, encargó a su padre que le supliese en todas las formalidades que incumbían al propietario de un inmueble, y rodeó a San Lorenzo de todas las medidas de seguridad que entonces eran posibles. La finca no tenía más una puerta de acceso desde fuera: esta puerta fue confiada a un buen guardián, un perro adiestrado a persistir en sus ladridos ante personas desconocidas. Un viñador, el ciudadano Bontemps, sans-culotte declarado, incapaz de estar en connivencia con un cura, estaba al servicio de la casa; se le mantuvo adrede. Cuando venía a trabajar, el perro anunciaba su llegada con sus ladridos, que permitían a José esconderse. Una sirvienta, Marie Dubourg, bordelesa de raza, charlatana y despierta, fiel hasta el sacrificio<sup>8</sup>, tenía la habilidad de hacer hablar a la gente hasta adivinar los motivos de su visita y se las arreglaba de maravilla para despedirlas educadamente o de divertir las para ganar tiempo.

Había varios escondites preparados en la casa. Uno de ellos era una pequeña habitación subterránea accesible por una trampa que se abría por el frutero. El P. Chaminade decía allí la misa y se refugiaba en caso de alerta: la trampa se cerraba tras de él y se tapaba con una capa de paja. Más tarde, cuando en San Lorenzo estuvo el primer noviciado de la Compañía de María, al P. Chaminade le gustaba enseñar a los novicios esta trampa que existía todavía en el antiguo frutero convertido en la sala de ejercicios. Aprovechaba la ocasión para contar anécdotas de tiempo del Terror que prueban que, a pesar de tantas precauciones, la seguridad no era perfecta en San Lorenzo.

Parece que un día pudo salvarse gracias a la habilidad de la sirvienta que, con sus charlas prolongadas, le dio tiempo para llegar a su retiro. Otros días, los agentes irrumpieron en la casa tan bruscamente que no tuvo tiempo más que para invertir sobre él la tina de ropa que estaba en la cocina. Después de una visita infructuosa, los agentes se sentaron alrededor de la tina, que les sirvió de mesa, para beber un vaso de vino. Se comprende la emoción del prisionero acurrucado en este extraño refugio en que, como decía más tarde, «sólo el espesor de una tabla le separaba del cadalso»<sup>9</sup>. En otra ocasión de alarma, no tuvo tiempo de ocultarse en uno de los escondites de la casa; se escapó del recinto por una salida oculta y fue a un bosque de pinos de los alrededores. Los agentes forzaron puertas, buscaron por los rincones más ocultos y recorrieron con detenimiento toda la finca. Se fueron convencidos de que se habían equivocado y que el sacerdote

<sup>6</sup> O'Reilly, *Histoire complète de Bordeaux*, 2ª parte, t. II, p. 2. Cuando, después de la Revolución, Mlle. de Lamourous pasaba cerca de la plaza Dauphine, apresuraba el paso diciendo: «En este lugar se debe guardar silencio y orar: estamos atravesando una plaza enrojecida por la sangre de los mártires» (H. Lelièvre, *Les Ursulines de Bordeaux pendant la Terreur*, Burdeos, 1896, p. 5).

<sup>7</sup> Cf. H. Lelièvre, *Une nouvelle page au Martyrologe de 1793*, Burdeos, 1886, p. 4 y ss.

<sup>8</sup> Permaneció hasta su muerte (febrero de 1847), es decir durante más de cincuenta años, al servicio del P. Chaminade. Era originaria de Virelade, cerca de Burdeos.

<sup>9</sup> Carta a Caillet, 17 de agosto de 1844. *Carta 1313, Lettres, t. VI, p. 76*. Según otra versión, la escena se sitúa en casa de un tonelero. El P. Chaminade, se dice, perseguido por los agentes, se refugió en el almacén de un tonelero que invirtió sobre él una cuba. Los agentes instantes después y preguntaron al tonelero si había visto al sacerdote que buscaban. «Está aquí, debajo de la cuba», respondió el hombre con aire burlón. Los hombres se contentaron con encogerse de hombros. Cuando se fueron, el P. Chaminade, muy impresionado todavía, expresó su extrañeza a su anfitrión, al sentirse traicionado por él. Respondió el tonelero: «¡Esta gente me conoce: no podían pensar que yo dijese la verdad, porque eso no me ha sucedido nunca!».

buscado había marchado a España, de acuerdo con el rumor que se había corrido. Así no es extraño que, a finales de 1793, encontremos el nombre de José Chaminade en una lista de sacerdotes emigrados<sup>10</sup>. Desde entonces las visitas a San Lorenzo fueron menos frecuentes.

Disimular su presencia en Burdeos no era la principal preocupación del P. Chaminade; él se había establecido en esta ciudad para contribuir, en la medida de sus fuerzas, a procurar a los fieles los auxilios de la religión. Y verdaderamente el pueblo de Burdeos merecía esta entrega; aunque estaba sufriendo el Terror, lo había combatido e incluso retardado; se veía vencido, pero no resignado. Los convencionales constataban «su nulidad» y su «letargo» en materia de fe revolucionaria, y le reprochaban no tener «la devoción que hace a los verdaderos sans-culottes»<sup>11</sup>. En efecto, moderados en su mayor parte, los bordeleses seguían siendo religiosos, y un gran número o eran lo suficiente como para no temer el buscar el ministerio de los sacerdotes y procurárselo a los otros. Sin embargo, se jugaban la vida, porque el decreto del 22 germinal año II (11 de abril de 1794) condenaba a muerte a todo individuo que ocultase a un sacerdote refractario<sup>12</sup>.

Conocemos varios oratorios en que, como en las catacumbas, el culto al verdadero Dios tenía que ocultarse, mientras en las iglesias se exhibía la mascarada del culto a la Razón<sup>13</sup>. Citemos el oratorio de Michel Arnozan, calle des Menuts, el oratorio del señor Billoy, calle Hugla, los de la calle Cahernan y calle Sainte-Eulalie<sup>14</sup>. La capilla de la señora Deyres, calle des Ayres, era especialmente frecuentada<sup>15</sup>. Era el lugar de cita de los sacerdotes que ejercían secretamente el santo ministerio por la ciudad. Venían a recibir las instrucciones de su jefe jerárquico, el P. Joseph Boyer, que tenía todos los poderes de monseñor de Cicé<sup>16</sup>. Recibían allí los cálices de estaño que les servían para celebrar los santos misterios. Rezaban juntos al Sagrado Corazón de Jesús y sacaban en esta devoción nuevas fuerzas para la labor de cada día y para el sacrificio supremo que quizá pronto les sería pedido.

En lo más fuerte de la tormenta, cuando ya veinte sacerdotes habían perecido en el cadalso, el P. Boyer presentó a sus colegas la idea de una asociación de oraciones, destinada a obtener del Sagrado Corazón la conversión de los pecadores por mediación de los Corazones de María y José<sup>17</sup>. Ese mismo día se operó en Burdeos una pesquisa general para descubrir los veinte sacerdotes que todavía estaban ocultos: no fue descubierto ninguno. La asociación, fundada bajo tan buenos auspicios, tuvo un gran desarrollo y englobó a todos los católicos fieles que había en Burdeos. Se estableció la Adoración perpetua en el oratorio de las señoritas Vincent<sup>18</sup>, en donde el Santísimo estaba expuesto permanentemente. Otras reuniones tenían lugar en diferentes oratorios de la ciudad, particularmente en la calle Hugla<sup>19</sup>. Todos los días, a las cinco, «los asociados,

<sup>10</sup> Esta lista está en un cuaderno que lleva este título: *Tableau général des émigrés ou présumés tels, possédant de biens dans la commune de Bordeaux*. En la página 38 se puede leer: “Chaminade, sacerdote; el caserón a la entrada del camino del Tondu es de él” (*Archives municipales*, serie I).

<sup>11</sup> C. Jullian, *o.c.*, p. 686.

<sup>12</sup> La amenaza no era vana. Testigo de ello fue esta santa joven, Marie Gimet, simple planchadora, cuya conmovedora historia evoca el recuerdo del tiempo de los mártires (H. Lelièvre, *Une nouvelle page au Martyrologe*, etc., p.10, en nota). Testigos también fueron las señoras Tandonnet y Couronnat, guillotinas por el mismo motivo (Justin Dupuy, *Vie de l'abbé Duburg*, Burdeos, 1851, p. 29), las Religiosas del Buen Pastor (H. Lelièvre, *Les Religieuses de Notre-Dame pendant la Révolution*, Burdeos, 1900, p. 177) y muchos otros.

<sup>13</sup> La iglesia Saint-Dominique estaba particularmente dedicada a este culto. La fiesta de la diosa Razón fue celebrada con gran pompa el 10 de diciembre de 1793 (Cf. Vivie, *Hist. de la Terreur*, t. II, cap. III).

<sup>14</sup> H. Lelièvre, *Les Ursulines*, p. 43 y *passim*.

<sup>15</sup> H. Lelièvre, *Une nouvelle page au Martyrologe*, p. 194 y 195.

<sup>16</sup> Joseph Boyer, nacido el 11 de febrero de 1763 en la diócesis de Rodez, llevado a Burdeos por monseñor Cicé, Director en el Seminario San Rafael en el momento de la Revolución, administró la diócesis después de los padres Langoiran y Antoine Boyer, hasta el restablecimiento del culto. Nombrado canónigo por Mons. d'Aviau, fue promovido en 1808 a la dignidad de vicario general y murió el 24 de marzo de 1819.

<sup>17</sup> P. Pouget, *Vie de Mlle. Lamourous*, p. 60 y 61.

<sup>18</sup> Calle Sainte-Eulalie, en la casa del abogado Devaulx, en el nº 46 actual.

<sup>19</sup> H. Lelièvre, *Les Ursulines*, p. 43 a 54, donde se pueden encontrar interesantes detalles sobre la devoción al Sagrado Corazón en Burdeos durante el Terror. Esta devoción tuvo sus apóstoles y también sus víctimas; mencionamos a la ursulina Anne Gassiot, que pagó con su cabeza el crimen de haber pasado avisos de

esparcidos por todas partes, en prisión o fuera, se arrodillaban y hacían la adoración»<sup>20</sup> en unión de unos con otros.

Según cuenta un testigo<sup>21</sup>, «el celo del P. Boyer no se quedó ahí; aunque habían puesto un precio a su cabeza, la conversión de los pecadores, buscando la gloria de Dios, era su ocupación habitual. Por eso, creó una segunda asociación, formada por los miembros más fervorosos de la primera, que noche y día se ofrecían al Sagrado Corazón de Jesús para obtener la vuelta de los pecadores. El P. Boyer encargó a siete sacerdotes que se turnaban durante la semana. Cada uno de ellos tenía un día señalado para santificar por sí mismo o por otros. Desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche practicaban santos ejercicios». No hace falta decir que el P. Chaminade fue uno de los celosos ayudantes del P. Boyer y contribuyó a propagar esta cruzada de oraciones. Sabía muy bien que era el medio más seguro para ablandar la ira del cielo. Pronto se hicieron notar sus efectos benéficos no sólo en el apaciguamiento momentáneo de la tempestad sino sobre todo por los frutos de gracia que esta devoción produciría en las almas y que el P. Chaminade recogería en abundancia.

Pero, por el momento, el horizonte era todavía extremadamente sombrío. Con dificultad, y con mil precauciones, se podía encontrar un lugar lo suficientemente retirado como para celebrar con seguridad el santo sacrificio. Se variaba el sitio de la cita para despistar a los denunciantes. La hora era siempre tardía, porque las sombras de la noche ayudaban mejor a proteger el misterio de las asambleas. En la calle Sainte-Eulalie, la ceremonia tenía lugar hacia media noche, en una habitación del tercer piso, que ha sido conservada como recuerdo de esos días de luto<sup>22</sup>. En la calle des Ayres, en casa de Madame Deyres, el oratorio estaba al fondo de una bodega; la reunión se tenía un poco antes y el P. Chaminade iba allí a menudo. Para desviar la atención, Mme. Deyres encargaba a sus hijos, de los que el mayor tenía ocho años, de que reuniesen en la fontanería que daba a la calle a los niños de alrededor para armar un jaleo infernal. Los pequeños traviesos cumplían de maravilla esta tarea.

Cuando era preciso visitar un enfermo y llevarle el santo Viático, estos mismos niños y otros, cuyo testimonio personal nos ha sido transmitido, se convertían en preciosos auxiliares del sacerdote. Tomando algún objeto de la tienda, se les suponía que iban a hacer encargos para la casa; servían a la vez para advertir del peligro y para vigilar, abriendo el camino o parando la marcha cuando había peligro si se seguía adelante. A este respecto se nos ha hecho este relato<sup>23</sup>: «El P. Chaminade se disfrazaba a menudo de calderero. Vestido con una especie de blusa, un enorme caldero a la espalda, el rostro embadurnado, iba por la ciudad gritando: ¡Caldero! ¡Caldero! Iba acompañado por media docena de chiquillos, adiestrados por sus padres. Precedían algunos pasos al pretendido calderero; se separaban en las calles transversales, y, brincando, entraban como por casualidad en la casa señalada. Cuando se tenía la seguridad de que no encontraría ningún personaje sospechoso, uno de ellos se acercaba al falso calderero y le soplabá al oído: Tal calle, tal número, tal piso».

El P. Chaminade cambiaba sus disfraces. A menudo se vestía de vendedor ambulante y, con el pretexto de ofrecer sus distintos artículos, entraba en las casas que pedían su ministerio. En la calle Leyteire era particularmente conocido como vendedor de agujas<sup>24</sup>. Recurriendo con prudencia a estas piadosas estratagemas, y cambiándolas oportunamente, el P. Chaminade consiguió ejercer un ministerio muy activo. Oía confesiones, llevaba el santo Viático, bautizaba a los niños, bendecía matrimonios<sup>25</sup>, recordaba a cada uno las enseñanzas de nuestra fe y sus divinas esperanzas. La señora Durand des Grages, mujer del presidente del Tribunal, contaba siempre con emoción cómo el P. Chaminade había podido entrar en su palacio, bendecir su matri-

---

adoración y estampas del Sagrado Corazón.

<sup>20</sup> *Vie de Mlle. Lamourous*, p. 60.

<sup>21</sup> Mlle. Lamourous, en un informe manuscrito reproducido en *Vie...*, lugar citado.

<sup>22</sup> H. Lelièvre, *Une nouvelle page au Martyrologe*, p. 54. El P. Chaminade decía también la misa en casa del Sr. Hirigoyen, calle Sainte-Catherine.

<sup>23</sup> Este relato es del abogado Antoine Faye; nos ha sido transmitido por un religioso de la Compañía de María, el Sr. Pipot.

<sup>24</sup> La tradición ha sido recogida por el P. Lelièvre.

<sup>25</sup> Los registros del arzobispado conservan muchas actas de bautismo y de matrimonio fechadas en tiempo del Terror y firmadas por el P. Chaminade.

monio y decir la santa misa en un armario empotrado del salón mientras unos niños estaban al acecho en la calle.

Así se arriesgaba la vida; de vez en cuando algunos de los sacerdotes escondidos eran encontrados; unos, como el P. Pannetier o el P. Cazeau, terminaban en el cadalso; otros, como el P. Lafargue, eran deportados a Guayana; otros languidecían en los calabozos de la ciudad, esperando ser llamados ante la Comisión militar.

El P. Chaminade fue denunciado por su nombre y corrió peligros muy graves varias veces. Se dio cuenta de ello un día que, disfrazado según su costumbre y marchando a la manera de un obrero, se le acercó una banda de patriotas que le gritaron: «¿Has visto a ese cura Chaminade pasar por aquí» - «Sí, sí, respondió sin desconcertarse, corred para agarrarlo. ¿Vais a exterminarlos a todos de modo que no quede ninguno ni para simiente?»<sup>26</sup>. Estuvo a punto de ser descubierto en casa del arquitecto Georges Sabarot, calle Port d'Albret pudo escapar de sus perseguidores gracias a un escondite que no tenía acceso más que por la abertura de la chimenea<sup>27</sup>.

Los discípulos del P. Chaminade recogieron de su propia boca varios relatos de ese tipo<sup>28</sup>. En una casa celebraba el sacrificio al fondo de un cuchitril donde la luz del día no entraba nunca y donde apenas si había sitio para volverse. Una noche, cuando ya había pasado la consagración, fue invadida la casa; no hubo tiempo más que para cerrar sobre él la puerta del armario empotrado. Desde ahí pudo oír las imprecaciones lanzadas contra el sacerdote refractario; mantenía en su mano la santa hostia, dispuesto a comulgar en viático en el caso en que la Providencia permitiese que lo descubrieran.

La escena siguiente ocurrió en casa de una viuda. Los indagadores examinaron todos los papeles de esta señora sin darse cuenta de que allí había una carta del P. Chaminade. Buscaron después por toda la casa y en un armario descubrieron un vestido largo que servía de sotana al celebrante. Exclamaron: «Aquí está la prueba evidente de que usted recibe aquí a sacerdotes». Replicó la señora sin perder la calma: «¿Cómo se puede pensar así? ¿Es que no es una honra para una viuda conservar cuidadosamente los vestidos de su marido? ». La sotana en cuestión era la bata del marido difunto.

Otra vez los perseguidores se presentaron cuando se había reunido con otros dos sacerdotes para recibir el sacramento de la penitencia. Estaba prevista una salida por el tejado de una casa vecina; los dos cohermanos tuvieron tiempo para escapar. El P. Chaminade se presentó a los agentes como el dueño de la casa. Le dijeron: «Usted esconde aquí sacerdotes» - Él les replicó con tono despreocupado: «Vosotros veis sacerdotes en todas partes; buscad, todo está abierto». Fueron colocados centinelas en todas las puertas y empezó la pesquisa. Mientras tanto, el pretendido dueño de la casa se paseaba por el pasillo y reflexionaba sobre cómo escapar, porque su juego podía ser descubierto. Ya había escogido el escondite, cuando pasó la sirvienta y le aconsejó que no se quedase allí. Efectivamente, en cuanto reemprendió el paseo, fue visitado el escondite. No le quedaba más que tomar el mismo camino que sus cohermanos. Pero en cuanto se escapó, se pusieron a perseguirlo: habría estado perdido si una buena anciana no se hubiese encontrado al paso de los agentes en un cuartucho del desván y no les hubiera detenido el tiempo suficiente como para permitir al fugitivo llegar al tejado.

El final del gran Terror llegó sin que el P. Chaminade cayese en manos de sus perseguidores. Los primeros días de agosto de 1794, cuando se supo la caída de Robespierre el 9 thermidor (27 de julio), se producía el respiro en Burdeos. El arresto del siniestro Lacombe y la supresión de la Comisión militar fueron acogidas con una explosión de alegría. Parecía increíble oír la voz del feroz Ysabeau anunciando en estos términos la paz y la seguridad: «Por fin el pueblo de Burdeos respira después de tantas tormentas. Yo os apporto un gobierno fraternal. En adelante cada uno puede expresar libremente sus opiniones, y cada uno será juzgado por sus actos». El entusiasmo llegó hasta el delirio cuando sobre el cadalso rodó la cabeza de Lacombe, última

<sup>26</sup> Recuerdos manuscritos de uno de los primeros religiosos de la Compañía de María, el Sr. Justin Dumontet.

<sup>27</sup> Georges Sabarot murió víctima de su celo el 29 de julio de 1794, antes de que se supiese la caída de Robespierre. El P. Lelièvre, *Les Ursulines*, p. 83 y siguientes, ha contado con detalle este episodio del Terror.

<sup>28</sup> Nosotros tomamos estos relatos de las notas manuscritas de P. Serment y Dumontet. *AGMAR 17, 4*.

víctima del fatal instrumento del que durante más de un año él mismo había sido el más activo proveedor.

Pronto, por un decreto del 3 ventôse año III (21 de febrero de 1795), la Convención reconoció el derecho de todos los ciudadanos al libre ejercicio del culto. Aun más, por un informe de Lanjuinais, votó el 30 de mayo una ley que autorizaba a los municipios a ceder para las ceremonias religiosas las iglesias que no habían sido enajenadas o destinadas definitivamente a otros usos. Otorgó también a los sacerdotes la facultad de ejercer libremente sus funciones, tras una simple declaración de sumisión a las leyes de la República. Una circular del 29 prairial (17 de junio) decía: «Tened en cuenta que la sumisión ordenada no tiene nada que ver con el pasado; no debe ser objeto de ninguna indagación o examen la conducta o las opiniones políticas del declarante; la ley no exige de él a este respecto más que un acto de sumisión a las leyes de la República; no se le debe pedir nada más allá: toda indagación, toda pregunta ulterior sería un abuso de autoridad». En esta misma circular se especificaba que la Constitución civil del clero ya no era una ley de la República; en el caso en que se presentasen dificultades nuevas, se debería recordar este principio, que la ley trataba de asegurar y favorecer cada vez más el ejercicio de los cultos.

Las prisiones de Burdeos se fueron vaciando poco a poco en enero y febrero de 1795; los oratorios se abrieron al culto público; incluso el sonido de las campanas fue tolerado durante algún tiempo. El 25 de julio de 1795, el representante del gobierno, Besson, llegó a declarar que consideraría enemigo de las leyes y perturbador de la tranquilidad pública a quien inquietase a los ciudadanos en el ejercicio de su culto, cualquiera que fuese.

Como todos los que le rodeaban, el P. Chaminade creyó en un apaciguamiento serio y duradero. Salió de su retiro y se instaló en su domicilio legal de la calle Abadie, en el centro de la ciudad. Abrió muy visiblemente un oratorio, en la calle Sainte-Eulalie nº 14<sup>29</sup>. No tenía que prestar ningún juramento, ni tan siquiera el de fidelidad a las leyes de la República, puesto que no ejercía ninguna función pública. Pero, como había sido inscrito en la lista de los emigrados, podía temer los efectos de las leyes dictadas contra ellos, porque las leyes seguían en vigor. Hizo gestiones para hacerse borrar de esas listas y se procuró, con fecha del 21 messidor año III (9 de julio de 1795), un certificado de residencia, que declaraba con el testimonio de nueve testigos que «el ciudadano Guillermo-José Chaminade, de 36 años de edad (talla 5 pies 3 pulgadas, cabello castaño, ojos grises, nariz gruesa, rostro ovalado, reside y ha residido sin interrupción en la calle Abadie nº 8, desde el mes de mayo de 1790 hasta el día de hoy»<sup>30</sup>. Presentando este certificado, el P. Chaminade solicitó, el 5 de agosto, ser borrado de la lista de emigrados, y esperó tranquilamente la respuesta.

Su actitud respecto al gobierno era de confianza. La demostró cuando la Convención del año III exigió a los funcionarios un nuevo juramento según esta fórmula: «Reconozco que el pueblo francés es soberano y prometo sumisión y obediencia a las leyes de la República». De acuerdo con la mayor parte de sus colegas, el P. Chaminade interpretó este juramento en sentido amplio, y lo autorizó. Él no tenía que prestarlo pero invitaba a hacerlo a quienes les era exigido. Incluso publicó sobre este punto, objeto de numerosas discusiones entre los miembros del clero, un escrito firmado por él y dos de sus colegas, los padres Moutardier y Gassiot<sup>31</sup>, con fecha del 27 de noviembre de 1795. Analizando más tarde, para la policía, esta *Memoria justificativa*<sup>32</sup>, el

<sup>29</sup> Este oratorio existía desde el comienzo del Terror (H. Lelièvre, *Une nouvelle page au Martyrologe*, p. 54). No nos ha sido posible determinar con exactitud cuál era la casa de la calle Sainte-Eulalie que llevaba el nº 14 durante la Revolución. *Esta casa ha sido identificada después en la actual calle Pau-Louis Lande, 28; cfr. J.V., t.I, notes, p. 103, note 44.*

<sup>30</sup> *Archives municipales*, serie I. Otro documento, emanado igualmente del ayuntamiento, y fechado el 3 thermidor año III (21 de julio de 1795), nos dice que «dicho certificado de residencia fue publicado y fijado en tablón del municipio de Burdeos durante ocho días consecutivos, conforme a las prescripciones de la ley».

<sup>31</sup> Jean-Pierre Moutardier era originario de Lesparre, donde nació el 31 de agosto de 1759. Monje agustino de la abadía de Chancelade en Périgord, se refugió en Burdeos en enero de 1793. Fue el primer profesor de dogma del seminario reconstituido después de la Revolución. Murió el 4 de marzo de 1820, siendo profesor de la facultad de teología desde 1810 (L. Bertrand, *Hist. des séminaires de Bordeaux et de Bazas*, p. 134 y 135).

<sup>32</sup> Notas destinadas a la policía en 1809 (Archivos de la Compañía de María). *AGMAR I.1.38; EP, v. I, p.*

P. Chaminade se expresaba así: «Es una memoria hecha en tiempos difíciles, para calmar las inquietudes de conciencia y dar a conocer a los católicos los verdaderos principios relativos a la sumisión a la autoridad pública. Este documento muestra los principios del autor y el espíritu de moderación que siempre le ha caracterizado»<sup>33</sup>.

El parecer del P. Chaminade en esta materia tenía gran peso, teniendo en cuenta la autoridad que le confería el ministerio del que entonces estaba investido.

## Capítulo 5: La rehabilitación de los sacerdotes juramentados (1795)

«Un consuelo precioso, dice el historiador Picot<sup>34</sup>, que Dios reservó a la Iglesia de Francia y que, en ausencia de tantos hombres honorables, dispersos por países extranjeros, procuró a los fieles los auxilios espirituales que necesitaban, fue la vuelta a la unidad de un número bastante considerable de sacerdotes que habían prestado el juramento cismático a la Constitución civil del clero. Estos eclesiásticos no podían ya desconocer que esta constitución había sido condenada por la autoridad legítima y por toda la Iglesia. Incluso la autoridad civil ya la había abandonado totalmente. La conducta que muchos de sus partidarios habían tenido durante el Terror lanzaba un triste barniz sobre este desgraciado producto de la Revolución y la impiedad. Se sentía la necesidad de separarse de esta Iglesia manchada con tantos escándalos, y los sacerdotes constitucionales volvían en masa bajo la obediencia de sus superiores legítimos».

Burdeos tuvo este consuelo en cuanto las conciencias ya no fueron violentadas por el Terror. Los sacerdotes que habían permanecido fieles, imitando el ejemplo del divino Pastor, hicieron oír una llamada caritativa a aquellos de sus cohermanos que habían sido débiles; les mostraron los tesoros de la misericordia divina dispuestos a abrirse a ellos, y tuvieron el consuelo de dar a un gran número el abrazo de la reconciliación. Los que volvieron fueron tan numerosos que el administrador de la diócesis, el P. Boyer, tuvo que nombrar un penitenciario, especialmente delegado para la rehabilitación de los sacerdotes juramentados. Para ejercer esas delicadas funciones fue nombrado el P. Chaminade. No tenía todavía treinta y cinco años pero, según uno de sus discípulos<sup>35</sup>, «era de esos hombres en los que la sabiduría y la madurez se anticipan a los años».

¿Qué conducta había que mantener frente a estos pobres extraviados que, sin duda, solicitaban el perdón, pero cuyo escándalo había tenido en la Iglesia tan triste repercusión? Su vuelta al redil creaba una analogía más con el tiempo de las grandes persecuciones. También entonces los sacerdotes que habían caído (*lapsi*) eran objeto de la solicitud de los pastores; entonces también se dudaba entre la indulgencia, que favorece la cobardía y la hipocresía, y la severidad, que espanta y mantiene a las almas vacilantes. Entre estos dos escollos, el P. Chaminade supo encontrar el verdadero camino, aplicando con sencillez las reglas trazadas por la Santa Sede.

Efectivamente, Roma había sido consultada: se le había solicitado suavizar el rigor de los cánones que encomendaban al Tribunal del Papa mismo la causa de los sacerdotes cismáticos. En estos tiempos de guerras y desórdenes, para la mayor parte de los culpables era imposible recurrir al Papa. Un breve del 19 de marzo de 1792 confirió a los Ordinarios amplios poderes; un poco más tarde esos poderes se vieron todavía aumentados, reservándose Roma sólo la absolución de los obispos cismáticos. Sin embargo, la Santa Sede exigió siempre, incluso de los

---

251.

<sup>33</sup> La opinión del P. Chaminade era predominante en Burdeos, como se puede deducir de esta nota de un párroco, el P. Ménochet, al P. Boyer (27 de septiembre de 1795): «Estoy encantado, querido cohermano, por la unanimidad de vuestro clero sobre la sumisión exigida por el nuevo decreto de la Convención. Yo he cumplido esta formalidad en el ayuntamiento de Sainte-Croix». El P. Chaminade, sin embargo, pensaba que no se podía admitir sin reservas, *la soberanía del pueblo francés*. Como Emery, reconocía decididamente el hecho, pero reservaba el derecho.

<sup>34</sup> Picot, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique du XVIIIème siècle*, t. VI, p. 432.

<sup>35</sup> El P. Lalanne, *Notice historique*, p. 2.

simples sacerdotes, la renuncia a las funciones usurpadas en virtud del juramento, una retractación pública del cisma, y una penitencia proporcionada, por un lado, a las faltas, y, por otro, a las fuerzas y disposiciones del arrepentido.

La aplicación de estas reglas requería un gran tacto y este ministerio supuso muchas dificultades para el P. Chaminade, según confesó a varios de sus discípulos. Para conocer la conducta que mantuvo, nada mejor que reproducir la correspondencia entre él y un anciano, antiguo Recoleta de Libourne, el P. Joachim Rousset. Veamos primero lo que dice este último<sup>36</sup>. «Señor, me enteré, pero muy tarde, de las amenazas de Su Santidad contra los que hicieron el juramento por obedecer la ley; desgraciadamente he sido uno de ellos. Me confieso culpable; me dirijo a usted con confianza para rogarle que me haga saber lo que debo hacer para reparar esta falta, que he cometido por temor más que por malicia: soy ya muy mayor y estoy lleno de enfermedades, por lo que me es imposible viajar. Pero haré lo que me indique su rápida respuesta. Tengo ochenta y dos años, treinta y dos de los cuales he pasado en Libourne, siendo tres veces superior, y buen amigo de su hermano el Recoleta, y toda mi vida estaré convencido de que *no puede tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre: firmata est super firmam petram*. Tengo una pequeña pensión de la nación, relativa al precio de los víveres; pero yo espero que Dios me tenga de su mano y que usted me concederá la gracia, en calidad de patria (*sic*: "patrie"), de considerarme con un profundo respeto, señor, su muy humilde servidor. Joachim Rousset, ex Recoleta en Libourne, a 24 de agosto de 1795».

A esta carta, el P. Chaminade respondió así el 29 de agosto: «Señor, será para mí un gran placer serle útil en la situación en que usted se encuentra. Su edad, su profesión, los puestos de confianza que ha ocupado en su Orden han dado a su ejemplo un mayor número de imitadores. Usted debe, y les debe a ellos, unos pasos firmes para retractarse de sus errores y reparar el escándalo que ha dado a la Iglesia por su adhesión al cisma. Presumo que ha dejado usted de ejercer toda función del ministerio, para hacer un primer acto de sumisión a la Iglesia y a su Jefe. Lo segundo que tiene que hacer es la retractación detallada de todos los actos cismáticos a los que ha dado lugar su juramento, con los sentimientos de arrepentimiento y de obediencia a sus superiores canónicos, que deben acompañar a la declaración. Su edad y sus enfermedades le dispensan de venir aquí, pero me la enviará para que yo le dé la publicidad necesaria. Cuando la haya recibido, le señalaré lo que queda por hacer para merecer la reconciliación. Mientras tanto, medite, a los pies de Jesucristo, sobre la gravedad de su deserción de la causa de la Iglesia; sondee las llagas de su alma para mostrarlas en toda su profundidad al ministro de Jesucristo que se encargará de sumergirle en la piscina probática; manifieste públicamente, a todos los que ha podido inducir a error, el dolor que siente y el deseo que tiene de reparar el escándalo que ha dado; pero sobre todo entréguese enteramente en manos de la Providencia para sus necesidades temporales: una pensión que no puede pedirse más que confesándose prevaricador de las leyes de la Iglesia, en conciencia no puede percibirse; pero en la escuela de san Francisco usted habrá aprendido que los auxilios de la Providencia no abandonan nunca a sus verdaderos hijos»<sup>a</sup>.

En la medida de lo posible, el P. Chaminade se entrevistaba de viva voz con los sacerdotes arrepentidos, para asegurarse de sus disposiciones y proporcionar el remedio al mal. Raramente les reconciliaba tras una primera entrevista, queriendo verificar, con la prueba del tiempo, la sinceridad de su vuelta y la firmeza de su voluntad. Tenemos un ejemplo de ello en su actuación con un celestino de Verdélais, el P. Ricard, que, tras la confesión de su falta, pretendía recibir inmediatamente la absolución y reemprender sus funciones para con sus ovejas. Todas las insistencias no pudieron vencer la firmeza del P. Chaminade, como nos lo muestra una carta que el P. Ricard escribió al vicario general, P. Boyer<sup>37</sup>: «A pesar de mis declaraciones y mi arrepentimiento sincero, el P. Chaminade fue inexorable, no quiso recibir mi retractación. Sólo me hizo escribir de mi puño y letra que me había presentado tal día para hacerla, y me dijo que, como no podía quedarme en Burdeos, enviaría a alguien a donde yo vivía para absolverme y recibir mi retractación».

<sup>36</sup> Estos documentos, como todos los que citaremos en este capítulo, están tomados de los archivos del arzobispado de Burdeos; son inéditos.

<sup>a</sup> *Carta 7, Lettres, t. I, p. 6-7.*

<sup>37</sup> 1 de agosto de 1795.



Si obraba con esta prudencia era porque sabía que, en este momento, los motivos que determinaban a algunos a regularizar su situación no eran siempre puros y que no faltaba el de ganarse la estima de sus fieles. Por ejemplo, el párroco de Libourne, vino a retractarse a Burdeos al mismo tiempo que de aquella ciudad escribían al Padre Boyer<sup>38</sup>: «El famoso y demasiado famoso párroco de Libourne ha hecho el domingo una especie de retractación. Se teme con razón que no sea más que una farsa: es un hombre capaz de ello; su iglesia no es frecuentada; despreciado tanto por los malos como por los buenos con razón, necesita reformarse fuertemente y durante mucho tiempo; si apareciese en el candelero a los cuatro o cinco meses haría un gran mal a la religión».

Para asegurarse bien de la sinceridad de la vuelta, el P. Chaminade exigía un informe detallado de todos los actos cismáticos cometidos desde el principio de la Revolución. Muchos de esos informes han llegado hasta nosotros; su lectura es dolorosamente instructiva. Nos describe el lamentable espectáculo de la debilidad humana ante una coacción que amenace su vida o simplemente su bienestar. La mayor parte de estos pobres decían como uno de ellos<sup>39</sup>: «Por la gracia de Dios, nunca he sido ni herético ni cismático (en el fondo del corazón). Si he cometido faltas, la única causa ha sido el temor» - «*Ignorantias meas ne memineras*», exclama otro<sup>40</sup>. Recorramos algunos de esos escritos, más elocuentes que una predicación para mostrar la necesidad de abstenerse del mal cuando todavía es tiempo, según el antiguo adagio: *Principiis obsta*.

Algunos habían luchado por detenerse en la pendiente peligrosa: es el caso, por ejemplo, del P. Montuy, que había prestado juramento y después se había retractado. Dice<sup>41</sup>: «en esa época fui infiel y no tuve el valor de mantener lo que tan generosamente había hecho. Amenazado por todas partes, perseguido por grandes y pequeños, carteles continuos a mi puerta, todos ellos injuriosos y capaces de inspirar espanto, enfermo y sin saber qué iba a pasar; en ese estado horroroso de infortunio, tuve la condenable pusilanimidad de rehacer el desgraciado juramento, siempre con las mismas restricciones. Después llevé una vida muy languideciente y deplorable, convencido de mis errores y proponiéndome todos los días repararlos en cuanto se presentase el momento favorable para hacerlo. Para no ocultarle nada, debo hacerle notar que desde que rehice el juramento he permanecido constantemente en medio de mi rebaño, comportándome como verdadero ministro de Jesucristo, siguiendo punto por punto la instrucción del señor obispo de Langres, no recibiendo a ningún intruso, y no teniendo comunicación más que con mis parroquianos a los que inspiré los sentimientos de religión de los que yo mismo estaba animado. Ese tiempo se prolongó hasta que el último año, el 10 de enero, fui arrestado en virtud del decreto del 30 de agosto de 1793, que condenaba a la deportación a todo sacerdote que se hubiese retractado y la confiscación de sus bienes. Permanecí en ese estado de sufrimiento durante once meses hasta que, apoyado por un amigo, fui liberado de ese castigo por una orden del representante Ysabeau».

Este caso, en que ya el sufrimiento había comenzado la expiación, era la excepción. De ordinario la primera caída arrastra otra y lleva al pobre apóstata a las concesiones menos excusables. Sin duda, la conciencia no está muda, pero se acomoda a las más extrañas componendas. Se contenta con restricciones ilusorias y sin ningún efecto, que la mayor parte de las veces no son tomadas en consideración por los oficiales públicos encargados de recibir los juramentos cismáticos.

He aquí, a título de ejemplo, el comienzo de la «Memoria de la conducta que ha tenido Mathurin Uteau, párroco de Saint-Laurent, diócesis de Bazas». Él mismo cuenta su historia en tercera persona:

«Hizo el juramento de la Constitución civil del clero con las restricciones más favorables a la religión católica, apostólica y romana; pero estas restricciones no fueron inscritas en el libro; así su juramento apareció puro y simple. Un tiempo después, su conciencia apeló contra dicho juramento: un eclesiástico que consultó le respondió que, si sus restricciones no habían sido incluidas, estaba obligado a hacer su retractación, tal como era la intención del Soberano Pontí-

<sup>38</sup> Lafon a Boyer, fin de agosto de 1795.

<sup>39</sup> Padre Uteau, párroco de Saint-Laurent. Carta al P. Boyer.

<sup>40</sup> Antoine Rondel, párroco de Listrac, retractado el 23 de agosto de 1795.

<sup>41</sup> 3 de marzo de 1796; no se indica el destinatario de la carta.

ficie. Aceptó esta opinión. Contra el parecer y las objeciones de su propio confesor, hizo venir a su casa a un ujier para notificar oficialmente su retractación al ayuntamiento. Este ujier rechazó el encargo. Entonces optó por enviar él mismo su retractación con dos cartas, una dirigida al alcalde y otra al procurador síndico. Se le devolvió al instante su retractación con una carta en la que se hacía notar que no podían recibirla, porque no estaba notificada legalmente. No fue por culpa del párroco, si no la aceptaron. Dos o tres días después, instigados por unos cuantos malvados, se juntaron alrededor de cuatrocientas o quinientas personas alrededor de la casa del sacerdote, armados de toda clase de instrumentos para inspirar terror; los cabecillas le preguntaron, en plan de burla, si quería retractarse, y decían que las bulas de las que se trataba no venían del Papa. El sacerdote, que estaba convencido de lo contrario, les respondió que si las bulas no venían del Papa no se retractaba, pero si venían del Papa sí se retractaba<sup>42</sup>.

Este párroco hizo el juramento de libertad e igualdad<sup>43</sup>. Antes de hacerlo, preguntó al alcalde lo que él entendía por esta libertad; éste respondió que no era una licencia para todo y que era la libertad del Evangelio. Preguntó entonces en qué consistía esta igualdad, temiendo que fuese un ataque a la jerarquía de la Iglesia. El alcalde contestó que esta igualdad consistía en que debemos tratarnos como iguales, y que ellos mismos tenían superiores. El párroco hizo el juramento según esta interpretación.

Este párroco entregó sus cartas de ordenación sacerdotal<sup>44</sup>. Se las pidieron en el ayuntamiento. Él respondió al municipio que, al dar sus cartas, no entendía de ninguna manera ni abjurar ni renunciar al sacerdocio. Al día siguiente, viendo que le iban a obligar a entregarlas a su pesar, envió sus cartas con una carta dirigida al municipio, en la cual pedía que en el registro del ayuntamiento se escribiese que al entregar sus cartas no entendía de ninguna manera abjurar de su estado ni renunciar al sacerdocio.

Este sacerdote fue él mismo a entregar los vasos sagrados, respondiendo a una carta que le fue presentada por un inspector: reconoce que debería haber esperado a que vinieran a buscarlos a la iglesia, pero esta carta, entregada por su enemigo jurado, le hizo perder la cabeza, y el temor le hizo cometer una falta que se reprocha continuamente. No se ha comunicado con el obispo intruso, excepto algunas líneas que leyó de dos circulares que le fueron enviadas, pero de manera que no leyó ni el principio ni el final, y así nadie se dio cuenta de que fuesen cartas de este obispo».

Esta lamentable historia en que, de caída en caída, el pobre sacerdote va cayendo en traiciones, es, con algunas variantes, la de un gran número. He aquí, por curiosidad, cómo Phélippon, párroco de Gensac, se las ingeniaba para no comunicarse con el obispo intruso:

«El obispo publicó una primera circular. El municipio me instó vivamente a leerla en mi predicación. Me negué constantemente, asegurando que preferiría abandonar todo. El domingo, estaba celebrando tranquilamente la misa y, después del Evangelio, subí al púlpito para explicarlo y, cuando acabé, un ciudadano se levantó de repente en medio de la gente y me dijo: Existe una circular de nuestro obispo, pedimos su lectura. Respondí que no podía, que estaba agotado por la predicación que acababa de hacer. Este parroquiano provocador insistió y, tras algunas discusiones, dijo que él mismo haría esa lectura. En la confusión, me dirigí a mi hermana, que estaba allí presente y le dije: Vete a mi cuarto, toma la circular y tráemela. En ese intervalo, dejé el púlpito y me fui al altar. El parroquiano hizo la lectura en voz alta. Durante todo este tiempo,

<sup>42</sup> Para la mayor parte, las causas de su caída fueron el temor y el amor a sus comodidades; para otros, influyeron motivos más fuertes en su voluntad vacilante. Dice uno de ellos (Antoine Rondel, párroco de Listrac): «Si yo hubiese estado libre de los lazos de la sangre, mi deseo hubiera sido imitar a mis dignos cohermanos y abandonar Francia. Pero en el tiempo de mis desgraciados juramentos, tenía a mi cargo a mi madre enferma, de setenta y siete años de edad, que no tenía más ayuda que yo. Cedió a esta consideración humana».

<sup>43</sup> Se sabe que la legitimidad de este juramento fue objeto de largas discusiones entre católicos. Emery lo juzgaba lícito. En cambio, en Burdeos se le condenaba unánimemente a causa del sentido que le daban los legisladores.

<sup>44</sup> Las cartas de ordenación sacerdotal fueron exigidas el 8 thermidor año I (26 de julio de 1793) en la diócesis de Bazas, pero sólo en brumario siguiente (oct. y nov. de 1793) en Burdeos (H. Lelièvre, *Ursulines*, p. 45). Para evitar este extremo, algunos, como el párroco de Juliac, Parmentier, prefirieron quemarlas. (Retractación de este sacerdote, 13 de septiembre de 1795).

yo me mantuve de pie, de espaldas al pueblo. Cuando terminó la lectura, continué los santos misterios. La noticia se extendió por todo el lugar: fui proclamado refractario y denunciado como tal; uno de los oficiales municipales se quejó contra mí al obispo. Éste respondió por carta que yo era condenable, pero pedía que no se fuese más lejos. La cosa se calmó. Al año siguiente vino otra circular. Se produjo menos alboroto, a pesar de que yo no hice la lectura. El mismo parroquiano del año anterior, que ahora era oficial municipal, se apoderó de la circular y me avisó que no me iba a crear problemas. Él se encargó de todo, la anunció al pueblo y la leyó después de la predicación desde su banco (la primera vez la había leído desde el púlpito). Durante todo ese tiempo yo estaba en el altar en el lado del Evangelio, lanzando de vez en cuando una mirada al pueblo».

La mayor parte de estos sacerdotes infieles, a pesar de sus sucesivas traiciones, adormecían su conciencia hasta el punto que se atrevían a celebrar el santo sacrificio. He aquí el fin de la memoria que acabamos de citar: «Termino diciendo que el ejemplo de algunos cohermanos que celebraban en sus casas los santos misterios<sup>45</sup> me hizo pensar si no les debía yo imitar, aunque no fuese más que para no despreciar estos auxilios espirituales. Comencé en el último Pentecostés y continué hasta el quinto domingo inclusive. Hacía quince o dieciséis meses que había dejado de celebrar. Tenía un ornamento completo bendecido previamente, un ara y manteles; no tenía vasos sagrados; por cáliz empleaba un cubilete fuerte; por patena, un platillo de chapa barnizada, en una mesa grande, solo con mi hermana, que no se acercaba».

Hay que añadir que en la mayor parte de estas cartas de confesión, la expresión de arrepentimiento iguala la gravedad de la caída. He aquí lo que escribía al P. Chaminade un anciano llamado Ducasse, párroco de Massugas<sup>46</sup>: «No puedo concebir por qué fatalidad me he dejado extraviar de la ruta de verdad que había seguido hasta la edad de casi ochenta años para tomar la del error y la mentira. Las necesidades de la vida, mi edad octogenaria, mis numerosas enfermedades, en una palabra, consideraciones totalmente humanas me llevaron a este abismo. Hoy mi deseo es salir lo antes posible... Usted no querrá rechazar a un hijo pródigo que, arrepintiéndose de haber abandonado la casa del mejor de los padres, viene a sus pies a deshacerse en lágrimas. Me someto de antemano a la penitencia canónica que he merecido justamente. Espero con impaciencia una comunicación saludable. Sé que debo renunciar a la pensión de 1.200 libras; nada me detendrá, mi confianza en la divina Providencia es total. A la edad de ochenta y cuatro años me encuentro sin recursos, si las almas cristianas y caritativas no me dan los medios de llevar con paz mis años a la tumba».

Las instrucciones de Roma no se contentaban con estas confesiones y reparaciones privadas, sino que prescribían una retractación pública. En Burdeos esa retractación tenía lugar con mucha solemnidad, en el oratorio del penitenciario, calle Sainte-Eulalie. Durante el año 1795, y especialmente en los meses de verano, que fueron los menos perturbados por las autoridades, no había domingo en que uno o varios sacerdotes no renovasen esta conmovedora ceremonia en la humilde capilla del P. Chaminade.

Durante el oficio divino, se adelantaban y leían ante los fieles una retractación en que resumían sus extravíos y expresaban su arrepentimiento. Cuando la edad o las enfermedades les impedían cumplir en persona esta ceremonia expiatoria, que recordaba la confesión pública de las faltas en la Iglesia primitiva, se hacían representar por un sacerdote que leía en su lugar la retractación escrita por ellos. Un de estos ancianos<sup>47</sup> escribe al P. Chaminade: «El P. Rudel me ha dicho que un sacerdote pronunciaría mi retractación en su santa asamblea, que tomaría mi puesto, el puesto de un suplicante. Cualquiera que sea, le agradezco con toda mi alma, y apruebo y ratifico todo lo que la caridad le inspire hacer por mí. Uno mi corazón a su corazón, mis sentimientos a sus sentimientos; admiro en este caso todas sus bondades, que el justo tome el puesto del pecador; este sacerdote lleno de caridad imita aquí a nuestro divino Maestro que, siendo la santidad y la justicia misma, ha querido cargar con nuestros pecados».

En estas retractaciones públicas, las confesiones son las mismas que en las cartas privadas dirigidas al penitenciario; pero el tono difiere y da al arrepentimiento acentos que conmueven el

<sup>45</sup> Cuando las ceremonias religiosas no fueron toleradas en público.

<sup>46</sup> 5 de septiembre de 1795.

<sup>47</sup> Uteau, 4 de septiembre de 1795.

corazón de los fieles. He aquí cómo se expresa el anciano párroco Massugas: «Desgraciadamente, Señor, mis iniquidades son innumerables, pero tus misericordias son infinitas. No trato de excusarme sino que, al contrario, recordaré con tristeza los años de mis extravíos: *recogitabo omnes annos meos in amaritudine animae meae*. Al comienzo de la Revolución yo prestaba atención a la novedad de las doctrinas: esta pretendida reforma, este rebajamiento del alto clero me hizo esperar que podría ver reflorar la disciplina de la Iglesia primitiva. Ese veneno fatal se introdujo en mi espíritu. Entonces también presté pura y simplemente el juramento de la Constitución civil del clero. Sentí tristeza, es verdad, cuando mi iglesia fue despojada, pero por timidez yo mismo entregué los vasos sagrados; a continuación celebré los santos misterios en sotana simplemente. Entregué también mis cartas de ordenación sacerdotal, sin entender abdicar de mi estado de sacerdote. Deseando, en lo que me sea posible, levantarme de mis caídas y reparar el escándalo que he dado, declaro ante los santos altares y en esta santa asamblea, que me retracto de mi desgraciado juramento de la Constitución civil del clero. Detesto el cisma y todas sus consecuencias, y, reducido a la pobreza, renuncio a toda pensión que me fuera otorgada por aquellos funestos juramentos. Reconozco como mi obispo al que sea nombrado para la diócesis de Bazas; renuncio a Pacareau. ¡Quiera el cielo que este intruso, que es de mi edad, salga, como yo, de su endurecimiento!».

A veces las retractaciones se transforman en la conmovedora oración del hijo pródigo e imploran la misericordia del Corazón adorable del Salvador; otras veces es una llamada a María, refugio seguro de los pecadores; casi siempre hay un apóstrofe conmovedor dedicado a los sacerdotes que permanecieron fieles, a los cristianos y cristianas que habían mantenido su valor en los momentos críticos; los arrepentidos invocaban su intercesión, como, en la Iglesia primitiva, los *lapsi* solicitaban las oraciones y la ayuda de los confesores de la fe para conseguir su rehabilitación: «Suplico a los ministros de los santos altares a quienes la gracia ha mantenido en el deber, suplico a los fieles que asisten a esta ceremonia que alcen sus manos y sus corazones hacia el Eterno, el Dios de toda misericordia, para hacer bajar para un miserable y muy miserable la abundancia de sus gracias, que me laven, me purifiquen, me curen de todas mis manchas y me preserven de ellas para el futuro»<sup>48</sup>.

Cuando los sacerdotes que se retractaban eran titulares de una parroquia o de una función eclesiástica cualquiera, y ese era el caso ordinario, la autoridad de la diócesis no se contentaba con las garantías anteriores. Había trazado «reglas para asegurar la publicidad de su vuelta a la Iglesia católica». Podemos leer las siguientes órdenes: «El día en que el sacerdote que juró haga la lectura pública de su retractación» en el oratorio del penitenciario, «todos los encargados de los oratorios públicos recibirán en Burdeos la notificación firmada de su mano, que harán conocer a sus fieles al final de la Misa, invitándoles de parte del sacerdote que se retracta a rogar a Dios por su perseverancia en la carrera de la penitencia. Con este fin, enseguida se dirá en voz alta, en tono de salmodia, el salmo *Miserere*, la antífona *Domine non secundum* y la oración *Deus, qui culpa..., famuli tui N. paenitentiam respice et flagella tuae iracundiae, quae pro peccatis suis meretur, averte*».

He aquí el contenido de uno de estas notificaciones: «Queridos hermanos, sabéis que los que suscriben, Jean Constantin, párroco de Savignan, en el distrito de Libourne, y Antoine Rondel, párroco de Listrac, cantón de Pellegrue, distrito de La Réole, siendo culpables para con la Iglesia y los fieles de haber prestado juramento de la Constitución civil del clero, se proponen, el 22 de los corrientes, domingo, para satisfacer a Dios y reparar el escándalo que han dado a los fieles de la Iglesia católica, apostólica y romana, retractarse, ante los santos altares, en el oratorio del sacerdote penitenciario, calle Sainte-Eulalie nº 14, de esta ciudad, del juramento que acababan de confesar, y de los crímenes que le han seguido. Os piden a vosotros, para la salvación de sus almas, que unáis vuestras oraciones a las suyas para que el Señor tenga misericordia de ellos y, después de haber expiado sus pecados en la carrera de la penitencia, puedan volver a sus funciones a todos aquellos que les han imitado en sus extravíos y en su rebeldía a la voz de la Iglesia católica, apostólica y romana. Burdeos, 22 de agosto de 1795, 5 fructidor año III. Constantin, párroco de Savignac; Rondel, párroco de Listrac».

<sup>48</sup> Retracción de Phélippon, párroco de Gensac, 6 de septiembre de 1795, publicada en el oratorio de la calle Sainte-Eulalie el 20 de septiembre.

Eso no era todo: «el día en que el retractante haga su retractación, el despacho ejecutivo de la diócesis recibirá la notificación del penitenciario y la comunicará a un sacerdote católico de cada distrito, encargado de avisar a todos los demás sacerdotes católicos de su zona. Unos y otros lo comunicarán a los fieles de la misma manera que se ha ordenado para los oratorios de Burdeos. Por fin, cuando el retractante, después de haber dado muestras de una conversión sincera, «sea juzgado digno por el penitenciario», se comunicará una nueva notificación; y «para agradecer a Dios la vuelta de esta oveja descarriada, se cantará al final de la misa el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*».

Sólo entonces, el sacerdote penitente podrá ser admitido a reemprender sus funciones, pero no sin antes haberse retractado ante sus ovejas; además, deberá hacer cantar el salmo *Misere-re* y la oración *Deus qui...* al final de vísperas «en el número de domingos que fije el penitenciario, teniendo en cuenta la gravedad y el número de delitos de los que se ha hecho culpable; y, para llevar a los fieles más eficazmente a hacer estas oraciones con fervor y compunción, les hará presente que es en expiación de las profanaciones, irreverencias y sacrilegios que ha tenido la desgracia de cometer en ese tiempo de impiedad y licencia, en que el santo nombre de Dios ha sido ultrajado, y la voz de la Iglesia católica ignorada por hijos ingratos y rebeldes».

Todas esas eran las precauciones con que la Iglesia, en su sabiduría, rodeaba la vuelta de sus ministros infieles. Después el Concordato le obligó a formas más suaves, lo que tuvo que lamentar, como se sabe. Los verdaderos arrepentidos no se detenían por estos rigores; algunos incluso se convirtieron en ardientes apóstoles del movimiento de vuelta; entre ellos, el párroco de Listrac, Antoine Rondel, merece una mención especial. No sólo llevó al P. Chaminade a todos los sacerdotes constitucionales de los alrededores sino que además mereció, él que era un constitucional arrepentido, ser delegado para recibir en su iglesia las retractaciones de los que no podían ir a Burdeos<sup>49</sup>.

La conducta del P. Chaminade recibió la aprobación de todos. Las cartas que le envían los arrepentidos manifiestan no sólo el respeto debido a la autoridad de la que está investido, sino también la confianza inspirada por su mansedumbre. Como hemos podido constatar, vinieron a donde él incluso de la diócesis de Bazas, que no pertenecía a la jurisdicción del Ordinario de Burdeos. Pero el santo anciano que administraba entonces esta diócesis, Joseph Culture, conocía al P. Chaminade; sabía también en qué estima le tenían las autoridades eclesiásticas de Burdeos, y consideró prudente dirigirse a él para la rehabilitación de sus sacerdotes cismáticos.

El P. Culture acababa de salir de prisión<sup>50</sup>, y encontró el rebaño invadido por los lobos durante la ausencia del pastor. Con sus enfermedades y sus setenta y cuatro años, esta administración era para él una carga muy pesada; entonces quiso descargar en el P. Chaminade el cuidado de recibir a los sacerdotes juramentados y animarlos en el camino del arrepentimiento. Pocos días después de recibir la libertad, escribió al P. Chaminade<sup>51</sup>: «Confío plenamente en la conducta que usted mantiene respecto a los sacerdotes de esta diócesis que han tenido la desgracia de salir del seno de la Iglesia y quieren volver; si ellos pudiesen ir a su ciudad y estar allí todo el tiempo necesario para aprovechar de las luces e indicaciones que encuentran en usted, yo no dejaría de enviárselos». Efectivamente, él le enviaba todos los que podían desplazarse y, cuando se veía que el viaje era imposible, le sometía su caso, «para que hubiese uniformidad en la manera de llevarlos». Así, desde entonces, el P. Chaminade estaba en contacto con la diócesis de Bazas, de cuya administración estaría encargado más tarde.

Los archivos del arzobispado de Burdeos conservan cerca de un centenar de retractaciones anteriores al Concordato<sup>52</sup>. Casi todas fueron recibidas por el P. Chaminade, que, hasta la

<sup>49</sup> El Padre Lelièvre ha publicado íntegra una retractación muy interesante recibida por el Padre Rondel (*Une nouvelle page au Martyrologe*, p. 272). En la reorganización de la diócesis, Antoine Rondel fue nombrado párroco de Monségur. Murió el 16 de noviembre de 1815.

<sup>50</sup> Mons. de Saint-Sauveur, último obispo de Bazas, había muerto en 1792. Joseph Culture, su vicario general, fue arrestado poco después, encarcelado primero en el fuerte del Ha y después en las Orphelines, en Burdeos. Salió de la prisión el 20 de abril de 1795.

<sup>51</sup> El 30 de abril de 1795.

<sup>52</sup> H. Lelièvre, *Une nouvelle page au Martyrologe*, p. 22.

reorganización de la diócesis, conservó su título y sus funciones de penitenciario. Más de la mitad de ellas están fechadas en 1795, es decir en el año en que la pacificación parecía ofrecer algunas garantías para el futuro. Su número crece a medida que las autoridades se muestran más benévolas; los meses de agosto y septiembre son los más cargados<sup>53</sup>. Algunas llevan la fecha del mes de octubre; no hay ninguna en noviembre.

En efecto, la persecución acababa de comenzar de nuevo. La Convención, antes de separarse, con un último decreto (3 brumario año IV, 25 de octubre de 1795), había puesto de nuevo en vigor las leyes de 1792 y 1793 contra los sacerdotes refractarios, y el Directorio, que sucedió a la Convención, aceptó estas leyes odiosas. Se desencadenó la violencia con formas nuevas: ya no se condenaba a muerte, pero la *guillotina seca*, en expresión de Tronson du Coudray, es decir la deportación a la isla Olerón o a la Guayana, no hizo menos víctimas. El ayuntamiento de Burdeos se apresuró a hacer, con fecha 13 de noviembre, una lista de 75 sacerdotes emigrados o considerados como tales, que habían reaparecido en Burdeos, y añadió el aviso siguiente: «Los miembros de la policía de la seguridad general quedan encargados de tomar todas las medidas necesarias para detener y llevar a continuación a la casa de las Orphelines a los individuos comprendidos en esta lista»<sup>54</sup>.

En la lista estaba el nombre del P. Chaminade, así como un gran número de sacerdotes que se habían retractado en sus manos. Recordemos que había solicitado ser borrado de las listas de emigración, pero que todavía no lo había conseguido. Se veía así golpeado por una medida que no habría debido afectarle.

¿Qué hacer? No podía contar con la condescendencia de los jacobinos; su oratorio les era bien conocido puesto que había sido el escenario habitual de las retractaciones de los sacerdotes constitucionales. El P. Chaminade tenía que elegir entre la huida y un nuevo intento de quedarse escondido en la ciudad, intento especialmente peligroso ahora que su apostolado, públicamente ejercido, le había señalado a la atención de todos y además estaba nominativamente designado para las persecuciones de los agentes. Sin embargo, optó por esto último, a pesar de que veía claramente el peligro al que se exponía. Cerró el oratorio el 1 de noviembre, y, dejando primero, como al principio del Terror, correr el rumor de que se había marchado, encargó a su padre de hablar y actuar en su nombre; después volvió a tomar sus disfraces y sus estratagemas.

Si él afrontaba así el peligro que se había convertido en inminente, era, en primer lugar, para no privar de su ministerio a los juramentados que acudieran para reconciliarse, aunque la vuelta de la persecución había ralentizado este movimiento; era también para preparar en la sombra los elementos de la misión a la que ya se sentía llamado por Dios, la de formar apóstoles. Durante los dos años 1796 y 1797, en que la Providencia le permitió quedar en Burdeos, echó los primeros cimientos de las fundaciones del edificio que levantándose poco a poco a principios del siglo XIX<sup>55</sup>. Así pues, se exponía a estos nuevos peligros pensando en el futuro, sin estar seguro, es verdad, de que fuese a recoger él mismo la cosecha que iba a sembrar, pero con la seguridad de que fructificaría a su tiempo, es decir a la hora marcada por la Providencia.

## Capítulo 6: Preludios del apostolado futuro (1795-1797)

Al lado de sus funciones oficiales, el P. Chaminade se entregaba a un ministerio especial, el cuidado de la juventud. Se sentía empujado no sólo por un atractivo natural y una vocación especial, sino por un sentido muy certero de los intereses de la Iglesia en esta hora decisiva en

<sup>53</sup> En el mes de agosto hay 14 y en septiembre 19. H. Lelièvre ha publicado, *o.c.*, p. 271, los nombres de unos cincuenta que se retractaron en 1795. En el dossier se encuentran también retractaciones de antiguas religiosas.

<sup>54</sup> Archivos municipales.

<sup>55</sup> No hace falta decir que él continuó realizando el ministerio ordinario de los sacerdotes, administrando los sacramentos todas las veces que veía la posibilidad, y sosteniendo a los fieles con los medios a su alcance. Entre sus papeles hemos encontrado la cuenta de un impresor por gastos de impresión de calendario destinado a los fieles del año 1797.

que la crisis revolucionaria tocaba a su fin. La nueva sociedad, salida de esta crisis ¿adoptaría la ley de Cristo o la de los filósofos? La respuesta a esa pregunta pertenecía a la generación que entonces tenía veinte años, y la segunda hipótesis era muy de temer si las únicas lecciones que recibía la juventud eran las de una Revolución basada en el dogma de la irreligión. A la Iglesia, pues, correspondía, por la acción de sus ministros, sustraer a las almas jóvenes de esta influencia nefasta y mostrarles un ideal más alto y más reconfortante que el de Voltaire y el de Rousseau.

El P. Chaminade consagró su vida a ello. En cuanto el Terror hizo pesar sobre Burdeos su yugo odioso, la juventud se convirtió en el objeto de sus preocupaciones. Lo difícil era llegar al gran número. Al no poder obtener un resultado más completo, se propuso preparar al menos para tiempos mejores una elite de jóvenes capaces de cooperar con su apostolado futuro.

No le fue difícil conseguirlo. Dotado de gran capacidad para ganar los corazones, él era, desde esta época, un centro alrededor del cual se agrupaba cierto número de jóvenes. En entrevistas personales, en reuniones discretas, les prevenía contra los peligros a los que estaban expuestos su fe y sus costumbres. Les presentaba el apostolado como la mejor salvaguarda de su propia virtud, y les iniciaba en el papel que les destinaba para el futuro.

Conocemos varios de estos discípulos de primera hora. Está, en primer lugar, Louis-Arnaud Lafargue, joven de alta virtud, al que manifestaba su entera confianza: le daría prueba de ello en el momento de salir para el exilio. De Louis-Arnaud no debemos separar a su primo, Raymond Lafargue. Después viene Denys Joffre, aquel que toda la diócesis de Burdeos conocerá más tarde con el nombre de «santo cura de Gaillan» y que tenía auténtico culto al P. Chaminade. Leemos en su Vida<sup>56</sup>: «Poco tiempo después de su llegada a Burdeos (hacia 1796), Denys oyó hablar del P. Chaminade, que tenía el doble mérito de hacer grandes obras de caridad apostólica y de hacerlas exponiéndose a grandes peligros. Fue un feliz encuentro para Denys; enseguida se dio cuenta de la santidad de este sacerdote; desde las primeras entrevistas, esta alma viril que poseía la virtud y esta alma joven que quería adquirirla se comprendieron y se amaron».

Se veían casi todos los días. El piadoso biógrafo, al describirnos las relaciones del discípulo con su maestro, nos permite captar al vivo la acción que el P. Chaminade ejercía en las almas. «Sobre todo por la tarde, nos dice, después de los sudores de la jornada estos dos corazones se desprendían juntos de sus fatigas en entrevistas íntimas y religiosas. Para uno era un placer escuchar la voz del sabio; para el otro era una dicha cultivar un alma joven como se cultivaba una planta preciosa. No se sabría decir quién era más feliz, si este sacerdote al ver lo bien que eran acogidas sus palabras o este joven que se abría a las lecciones de la sabiduría, como una flor con las gotas de rocío».

Denys comunicaba sus impresiones a su padre y le escribía: «He encontrado el sacerdote que buscaba mi corazón. Es un santo, es mi guía, será mi modelo, porque yo seré sacerdote, mi decisión es más inquebrantable que nunca. No lo seré tan pronto como yo quisiera: los tiempos son todavía difíciles. Seguiré trabajando todos los días; no puedo ver a este santo más que las tardes, y no todas las tardes. Pero él me asegura que pronto me guardará con él noche y día, y que yo seré su primer discípulo. Es su esperanza y la mía». No hay duda de que esas eran las intenciones del P. Chaminade desde ese tiempo y las comunicó a Denys Joffre puesto que, en esa misma fecha se encuentran alrededor de él otros jóvenes animados de las mismas disposiciones. Uno de ellos se llamaba Raymond Damis, se preparaba para el sacerdocio y ayudaba al P. Chaminade en las funciones de su ministerio. Más tarde fue sacerdote y murió siendo párroco de Hourtin en la Gironde<sup>57</sup>. Otro, Guillaume<sup>a</sup> Bouet, nos es más conocido; era bordelés de origen, tenía treinta años en 1796, y conservaba la angélica piedad de su adolescencia. Como sus dos compañeros, aspiraba al sacerdocio, e incluso había recibido ya algunas de las órdenes sagradas. El P. Chaminade pensaba que su virtud era lo suficientemente sólida como para permitirle hacer

<sup>56</sup> Abbé Degan, *Vie de l'abbé Joffre*, Burdeos, 1862, p. 44 y 45.

<sup>57</sup> El 1 de mayo de 1842. Tenía 77 años de edad.

<sup>a</sup> *Guillaume Bouet, a ejemplo del P. Chaminade, cambó su nombre por el de Joseph, cuando ingresó en la trapa de Santa Susana, y lo conservó, cuando salió. Por eso se le suele llamar Joseph Bouet. Ver más abajo, capítulo 8, p. 64.*

el voto de obediencia<sup>58</sup>, primer vínculo destinado, en la mente tanto del maestro del discípulo, a estrecharse más después, si ésa era la voluntad de Dios. Efectivamente, el P. Chaminade tenía puestas grandes esperanzas en Guillaume Bouet, mientras que este último no tenía más ambición que la de no separarse de su maestro. A más de cuarenta años de distancia, no podía evocar sin emoción el recuerdo de estas primeras relaciones. En el declive de su vida escribía al P. Chaminade<sup>59</sup>: «Nosotros tuvimos conversaciones en que yo encontré la bendición de Dios... No olvidaré lo que le debo. En nuestras entrevistas usted hacía circular por mis venas la paz de Dios».

Al mismo tiempo que se ocupaba de los jóvenes, el P. Chaminade atendía también a las jóvenes, con el mismo espíritu y el mismo plan. La Asociación del Sagrado Corazón, formada en los días malos, le proporcionaba personas preparadas. Las oraciones, las adoraciones, las mortificaciones que se celebraban en esta Asociación inflamaban el celo y suscitaban apóstoles: desde 1795, las señoritas Elisabeth y Jeanne Vincent, dirigidas por el P. Micheau, se hacían llamar «las Hijas del Sagrado Corazón»<sup>60</sup>. Otras buscaban todavía su camino y venían a pedir luz y ayuda al P. Chaminade, sacerdote de gran reputación por su prudencia, ciencia y dedicación. Entre ellas merece retener nuestra atención la señorita Lamourous, porque desde que la conoció el P. Chaminade depositó en ella las mismas esperanzas que en Denys Joffre y Guillaume Bouet.

Marie-Thérèse-Charlotte de Lamourous había pertenecido a una familia noble. Nació en Barsac el 1 de noviembre de 1754, pero fue educada en Burdeos. Su madre le hizo prometer que nunca leería novelas y le hizo alimentar su inteligencia en los tiempos libres con la lectura del Evangelio, la Imitación de Cristo y la Vida de los santos. No ignoraba el mundo, lo frecuentaba y le gustaba. Pero no se sentía hecha para él y aspiraba al retiro del Carmelo. El parecer de su director de entonces no fue conforme a sus gustos: estimó que Dios la llamaba a una vida más apropiada a los dones que le había concedido. Carácter abierto y jovial, temperamento atrevido, sentido práctico, todo la predisponía a la acción, pero ella no sabía dónde ir. Venía a pie a Burdeos, bajo algún disfraz, y entraba en las prisiones para ayudar allí a los confesores de la fe. Conseguía incluso entrar en la sala del Comité de vigilancia. Allí leía en los libros de registro los nombres de los proscritos del día siguiente, para prevenirlos, si había tiempo todavía, y salvarlos así del cadalso. Dos veces fue arrestada y liberada después de sufrir un interrogatorio<sup>61</sup>.

En 1795, la muerte y el exilio se habían llevado a aquellos a los que ella había abierto su alma: uno de ellos, el P. Pannetier, había muerto en el cadalso. Al darle su última bendición le había dicho: «Acuérdese bien de mis últimas palabras: sirva a Dios como hombre y no como mujer». Ella fue fiel a esta recomendación hasta el final. El otro, el venerable Noël Lacroix, el abnegado vicario de Sainte-Colombe, había marchado a Portugal. Marie-Thérèse descubrió al P. Chaminade, lo escogió como director de su conciencia, y ya no le dejó hasta su muerte.

La vuelta de la persecución, a partir de 1795, no le privó de la asistencia de su nuevo guía. Cuando ella estaba en Burdeos, decía a la gente de la casa que le advirtiesen del paso del *calderero*, puesto que siempre había algún trabajo para él<sup>62</sup>. En Pian, lo acogía de vez en cuando

<sup>58</sup> Notas de Serment. Como Raymond Damis; Guillaume Bouet ayudaba al Padre Chaminade en el ejercicio de su santo ministerio. Figura en actas de bautismo de 1797 como testigo o como padrino.

<sup>59</sup> 20 de agosto de 1846.

<sup>60</sup> H. Lelièvre, *Les Ursulines*, p. 49.

<sup>61</sup> Su *Vida* relata así su primera comparecencia ante el Comité de vigilancia: «El presidente le interrogó y le dijo bruscamente: «Ciudadana, estás acusada de haber escondido a sacerdotes y de ser noble. ¿Tienes algo que responder?». Enseguida, con una presencia de espíritu admirable, la señorita Lamourous respondió: «Es posible, ciudadano, pero, antes de todo, ¿me permites que te haga yo una pregunta? Hazme el favor de decirme, por favor, qué es lo que tienes en tu mejilla - Tu pregunta es graciosa, replicó el presidente; ¿no lo ves? Es una peca - Pero ¿de dónde viene que tú tengas una peca en la mejilla? - ¿De dónde viene esto? He nacido así, mi madre me la ha dado - Pues bien, ciudadano, es mi madre la que me ha hecho noble». Todos los asistentes se echaron a reír, y el presidente la despidió diciéndole: «Vete, eres una buena chica» (*Vie de Mlle. Lamourous*, p. 34).

<sup>62</sup> Recuerdos de la señorita Seraphin, una de las más antiguas religiosas de la Misericordia, fallecida hace



vestido de vendedor ambulante y tenía la alegría de asistir a su misa en un cuartucho, piadosamente conservado hasta nuestros días.

No era un alma vulgar la que acababa de ponerse bajo la dirección del P. Chaminade. Para convencerse de ello, basta leer algunos pasajes de una carta en que le traza una regla de conducta. Al mismo tiempo, sacaremos un conocimiento sumario de la doctrina y del método espiritual del P. Chaminade. He aquí lo que él escribía el 26 de mayo de 1796<sup>b</sup>:

«*Pax Christi*. Me rindo con gusto, querida hija, a los deseos que me ha manifestado a menudo para que le trazara un plan de conducta espiritual que fuese adecuado a las disposiciones interiores en que se encuentra. Ha hecho progresos en la virtud; Dios le inspira sobre todo el deseo de ser toda suya; sin embargo, debo decirle como el ángel que incitaba al profeta Elías a comer el pan misterioso que había preparado: «*Le queda todavía mucho camino por recorrer*». Hay que llegar a la santa montaña de Horeb, a ese punto de perfección en que ya no recibirá órdenes de su naturaleza, de sus sentidos, de su imaginación, de su mente, sino de Dios mismo, que quiere reinar en usted como Soberano. Querida hija, ¡qué dicha más grande!, ya empieza a entreverla, pero no la conocerá hasta que la guste, y no la gustará más que en esta santa montaña.

El fin de este escrito no es decirle todo lo que tiene que hacer a lo largo del camino, sino lo que debe observar en este momento. Cuando, por la gracia de Dios y su fidelidad, haya observado puntualmente lo que el Espíritu Santo le prescribe por mi ministerio, ya le diré cómo continuar: entonces me remitirá este escrito añadiendo sus disposiciones sobre los puntos que contiene. En el intervalo, le iré explicando poco a poco lo que aquí no puedo más que indicarle algo sucintamente; se irá formando así un plan de conducta que llamaremos *su dirección*.

1° Parece que no ha captado bien todavía la distinción que se debe hacer entre el camino de la naturaleza y de la propia mente, y la vida espiritual o sobrenatural.

2° Los actos de virtud que hace son todavía muy imperfectos porque los regula más según su razón o su imaginación que por inspiración de la gracia.

3° Así como el alma actúa naturalmente por sus tres potencias o facultades, entendimiento, memoria y voluntad, lo mismo lo que llamamos Espíritu actúa en nosotras por tres facultades que hemos recibido en el bautismo, la fe, la esperanza y la caridad. Pedirá a menudo a Dios que active en usted las potencias que deben llevarle a hacer los actos sobrenaturales de las virtudes.

4° Su imaginación ha adquirido en usted un enorme preponderancia; es la causa principal de las inquietudes habituales que le turban.

5° Le descargo de toda oración vocal, a excepción de las oraciones ordinarias de la mañana y de la tarde, oraciones comunes o celebraciones en las que pueda encontrarse, oraciones que su confesor pueda darle en penitencia y las de alguna piadosa asociación, con tal de que sean cortas.

6° Unirá a su oración de la mañana una oración mental, primero de un buen cuarto de hora; la comenzará adorando a Dios en su interior y diciéndose a sí misma «No siendo más que polvo y ceniza, me presentaré ante ti, Dios mío». Recitará lentamente el Símbolo de los apóstoles (si está sola, se prosternará para hacer el acto de adoración; luego, puesta de rodillas, dirá el Símbolo con los brazos extendidos). Cuando acabe esta preparación, se mantendrá en la presencia de Dios con el mayor recogimiento. La disposición de su alma en ese tiempo debe ser la de un sencillo sentimiento de fe o de esperanza o de caridad o de conformidad con la voluntad de Dios. Terminará su oración pidiendo a Dios que le conceda la gracia de mantenerse durante todo el día en el recogimiento y no actúa más que por motivos de fe, etc. Más tarde, tomará el Símbolo artículo por artículo.

7° Tratará de encontrar por la tarde otro cuarto de hora por lo menos para repetir la misma oración».

Siguen las normas relativas a la lectura espiritual, al examen de conciencia y a la recepción de los sacramentos, es decir, a los ejercicios sin los cuales la vida de fe no podría sostenerse.

---

pocos años.

<sup>b</sup> *Pequeño error en la fecha: se trata de la carta 9, de 27 de mayo de 1796. Lettres, t. I, p. 11-13.*

No se olvida de los cuidados que hay que dar al cuerpo. Sigue el P. Chaminade: «En cuanto a la vida animal, tome todo el alimento que sea necesario para mantenerse en el punto de fuerza que puede naturalmente esperar. Haga siempre tres comidas, fuera de los días de ayuno obligatorio y de alguna circunstancia en que se le permita ayunar. No le permito penitencias extraordinarias, como cadenillas, cilicios o disciplinas, ni vigiliias demasiado prolongadas; pero en compensación le aconsejo una abnegación interior y exterior muy grande, que será el fruto de sus oraciones y del cuidado que tendrá por mantenerse recogida».

Para el vestido, Mlle. Lamourous había recibido de joven una regla muy sabia de un carmelita, el P. Norbert: «No sea usted de las primeras en seguir la moda, pero tampoco sea de las últimas, o no espere a que haya pasado la moda para seguirla. Que su vestimenta, querida hija, no llame la atención». Al P. Chaminade le gustaba mucho esta doctrina y animaba a su dirigida a perseverar en ella<sup>63</sup>.

Marie-Thérèse de Lamourous hasta entonces había estado atormentada por escrúpulos que no provenían de una debilidad de juicio sino de una excesiva delicadeza de conciencia: nunca creía que había hecho bastante. Sólo había encontrado alivio en las reglas trazadas por el P. Noël Lacroix, resumidas en la siguiente máxima: «No haga más que lo que cree que está obligada a hacer, hasta el punto de estar segura de poder jurarlo ante el Santísimo Sacramento, y esto sin consultar con nadie». Sometió estas reglas al P. Chaminade, que las aprobó totalmente y le dijo: «Sígalas con sencillez, y estoy seguro de que llegará a hacer bien su oración y conseguirá la auténtica libertad de los hijos de Dios, en verdadera unión con él».

El conjunto de estos preceptos nos muestra la estima que el P. Chaminade tenía por esta alma privilegiada. Adivinaba que Dios la predestinaba para grandes proyectos de misericordia: ¿no sería acaso ella uno de los instrumentos escogidos por la Providencia para ejercer el apostolado a la hora en que sonase el despertador de la fe? Había motivos para creerlo, y esos motivos cobraron fuerza en un retiro que dirigió el P. Chaminade hacia finales de 1796 y al que asistían otras dos personas de notable mérito, la señorita Angélique Fatin y la señorita Marguerite Bédouret<sup>64</sup>. El P. Chaminade encontró a estas almas deseosas de gastarse por la gloria de Dios. Impresionado por su generosidad, tuvo la idea de unirlas, de constituir con ellas el núcleo de una asociación que trabajaría, cuando los tiempos fuesen favorables, en instruir a la población ignorante y reconciliarla con la religión, enseñándole los principios de la fe y las máximas del evangelio. Para prepararlas a este apostolado y alimentar ya desde este momento su celo, les invitó a ofrecerse al Sagrado Corazón de Jesús como víctimas por la expiación de los crímenes de Francia y por la salvación de las almas.

Tenemos páginas admirables escritas por Marie Thérèse de Lamourous un mes después de esta ofrenda heroica; revelan una conciencia penetrada de la insuficiencia de toda voluntad humana para satisfacer dignamente la justicia de Dios y, al mismo tiempo, llena de una confianza ilimitada en la bondad de Dios y el apoyo de María y José. Termina exclamando: «Jesús, María y José, encadenadme, por favor». Dios pareció escuchar la oración de su sierva: le hizo sentir fuertemente el peso de la cadena que cargaba sobre ella, y los años que siguieron fueron efectivamente años de inmolación.

Por el momento, ese era el único medio de trabajar en la propagación del reino de Dios. No había sonado todavía la hora de las creaciones, que entreveía a la luz de la fe. Antes de que la semilla germine, permanece escondida bajo tierra, y hace falta que el invierno pase y que la primavera traiga los días hermosos. Pero, en cuanto haya acabado la Revolución, la semilla brotará y se abrirá casi inmediatamente en una primera y rica floración. De las reuniones de jóvenes de ambos sexos, comenzadas a la sombra de oratorios ocultos, salieron las Congregaciones de la Madeleine y algunas otras obras evangélicas. Del retiro de 1796 nacerían tres Institutos, los tres dedicados al Sagrado Corazón de Jesús. Uno de ellos, el de la señorita Fatin, tomaría el nombre

---

<sup>63</sup> *Vie de Mlle. Lamourous*, p. 16. He aquí algunas otras recomendaciones del Padre carmelita: «Después de vestirse, mírese un momento en el espejo y pregúntese a usted misma: "Cuando pase, se dirá: ¡qué bien está!". En ese caso, deberá concluir que hay algo en su modo de vestir que está de más, quítelo. Si, por el contrario, se dice: "¡Qué descuidada va!", hay que añadir algo. Si no se dice nada, ni para bien ni para mal, si pasara desapercibida en medio de los demás, sin ser alabada ni censurada, ése es el punto exacto».

<sup>64</sup> *Vie de Mlle Lamourous*, p. 51.

de *Reunión del Sagrado Corazón* y se proponía como primer fin *reunir* a las almas ávidas de inmolarsse con el divino Corazón de Jesús; durante la ausencia del P. Chaminade en el exilio, la fundación sería dirigida y llevada a buen puerto por el Padre Vlechmans, a quien encontraremos más tarde al lado del P. Chaminade<sup>65</sup>. El segundo Instituto se fundó en 1803, fuera de Burdeos, en Pons en Saintogne, lugar de origen de la señorita Bédouret, que encontró un colaborador en Charles Barraud, uno de los sacerdotes escondidos en Burdeos durante la Revolución. La fundadora llamó a sus hijas *Ursulinas del Sagrado Corazón*<sup>11</sup>. Finalmente, la señorita Lamourous creó la Casa de la Misericordia en Burdeos bajo la dirección del P. Chaminade. Aquí todavía el Sagrado Corazón reina como dueño; el momento de adoración a las cinco de la tarde, que fue cita de los fieles en los malos días, se ha conservado y es todavía hoy un punto de regla.

Pero volvamos a la catástrofe que alejó la realización de estos preciosos resultados. En la primavera del año 1797, las elecciones habían dado la mayoría a los moderados en el Consejo de Ancianos y en la Asamblea de los Quinientos. Era la esperanza de una vuelta al orden y a la libertad. El 24 de agosto, un decreto permitió a los sacerdotes desterrados volver a Francia. Los que no habían abandonado su patria volvieron abiertamente a ejercer su ministerio: el P. Chaminade se instaló de nuevo en la calle Sainte-Eulalie y volvió a abrir su oratorio.

Pero los jacobinos, al verse despojados del poder, acudieron a un golpe de fuerza. Violarlo vergonzosamente el sufragio popular, ocuparon París con el general Augereau, anularon las elecciones de 49 departamentos y deportaron a dos de los Directores, Carnot y Barthélemy. Los tristes vencedores del 18 fructidor (4 de septiembre de 1797) trajeron de nuevo inmediatamente el decreto del 24 de agosto, exigieron un juramento de odio a la realeza y pusieron en vigor las leyes contra los emigrados. El artículo 5 del nuevo decreto preveía el caso de los sacerdotes que habían vuelto a Francia; les ordenaba abandonar el territorio de su municipio en el plazo de veinticuatro horas, y el de Francia en quince días, bajo pena de deportación.

El golpe fue tan repentino que el P. Chaminade no tuvo tiempo de pararlo. Le presentaron el decreto en su domicilio de la calle Sainte-Eulalie. Al no haber conseguido ser borrado de la lista de emigrados, a pesar de las gestiones que había hecho, caía de lleno dentro del decreto: se le consideraba como emigrado que había vuelto a Francia. Había hecho todo lo que estaba en su poder, pero se le intimó a obedecer la ley y, el 11 de septiembre, le entregaron un pasaporte para Bayona y España.

Obligado a abandonar Burdeos en veinticuatro horas, se retiró a las afueras, a Merignac, para tomar sus últimas disposiciones. Confió a Luis Lafargue el cuidado de proseguir en el intento de borrarlo de la lista de emigrados y le dio un poder para ello. Después, el 16 de septiembre de 1797, tomó el camino del exilio, acompañado de Guillaume Bouet, que no quería separarse de él.

La víspera había dirigido a Marie-Thérèse de Lamourous una carta que reflejaba un alma en paz, dueña de sí misma, que no se ha dejado turbar por ningún acontecimiento y que se abandona con toda sencillez a la providencia del Padre celeste<sup>b</sup>: «No moriremos más que una sola vez, es verdad; pero ¡cuántas lecciones recibimos de la Providencia para anunciárnoslo y para que nos preparemos a ella! Y cada una de esas lecciones es una especie de muerte. ¿Qué debe hacer un alma fiel en el caos de acontecimientos que parecen devorarla? Apoyarse imperturbablemente en esta fe que, haciéndonos adorar los designios eternos de Dios, nos asegura que todo sirve para el bien de los que aman a Dios».

Después, olvidándose de sus propios sufrimientos, no piensa más que en verter el bálsamo sobre su

---

<sup>65</sup> La fundación de la Reunión del Sagrado Corazón data del primer viernes de noviembre de 1799. Casi desde su origen, la Congregación se ocupó de obras de educación y llegó a extenderse por la región. La señorita Marie-Eulalie-Angélique Fatin era hija de un consejero del rey y notario en Burdeos; nació el 25 de marzo de 1773, y murió el 28 de agosto de 1855 (*Calendrier ecclésiastique du diocèse de Bordeaux*, año 1870, p. 196 y siguientes). Cf. Bertrand, *Hist. des Séminaires*, tomo II, p. 107 a 109).

<sup>11</sup> Esta fundación todavía existe. *Subsistía en 1901, pero, según las notas manuscritas de uno de los ejemplares de los AGMAR, desapareció en 1903.*

hija, afectada por pruebas de dentro y de fuera. Dice: «Sí, querida hija, el Señor no le abandonará. Si no cae un solo cabello de la cabeza del hombre sin una disposición de nuestro Padre celeste, los acontecimientos continuos que sacuden nuestra existencia, las tormentas interiores y exteriores que crecen sin cesar y que parecen desconcertarle, son muestras del amor que Dios tiene por usted; no temo decir que incluso son signos de predestinación. Dios le procura en estos sufrimientos, en primer lugar, medios para purificar su voluntad, desprenderle de todo, renunciar a las ideas de una razón puramente natural que le llevaría a juzgar la conducta de la Providencia para con usted, y, en segundo lugar, hacerle practicar las virtudes más excelentes del cristianismo. Esas virtudes se resumen, querida hija, en un abandono en manos de Dios, sobre todo cuando de ese abandono perfecto no resultan más que sufrimientos, angustias, incertidumbre... La oración que más habitualmente hacía Santa Catalina de Siena, en medio de sus tinieblas y de sus terribles tentaciones, era: "¡Señor, aumenta mi fe!". Usted sabe el benéfico efecto que produjo. Le he dicho a menudo, querida hija, que encontrará todo en la fe: le he aconsejado incluso una especie de oración de fe, y estoy convencido de que es un excelente medio para mantenerse y avanzar en la virtud, y al mismo tiempo llevará a su interior una especie de frescor. Deje usted pasar toda idea, razonamiento, sentimiento que le sugiera la imaginación, y compórtese con esa sencillez que siempre le he recomendado». Termina así: «Pido a nuestro Padre común que este alejamiento, operado únicamente por una orden de su providencia, no perjudique el cumplimiento de sus planes sobre nosotros. Le pido que rece todos los días las letanías de la Virgen y le deseo, como padre, la gracia y la paz de Jesucristo»<sup>c</sup>.

Al marcharse de Burdeos, sólo dejaba en Saint-Laurent a su anciano padre. Había cerrado ya los ojos a su piadosa madre, el 9 de septiembre de 1794, unos días después del final del Terror. El beso que dio a su padre fue el último porque no lo volvería a ver aquí abajo. Al quedarse solo, Blas Chaminade decidió dejar la propiedad de Saint-Laurent; la alquiló y se fue a vivir a Périgueux con su otro hijo Francisco, y murió en sus brazos el 4 de marzo de 1799.

\*\*\*\*\*

---

<sup>c</sup> *Los extractos anteriores son de la carta 10, de 15 de septiembre de 1797, Lettres, t. I, p. 16-19.*